

LA HISTORIA DE LA HUMANIDAD

PARTE DÉCIMA NONA

LA RELIGIÓN DE LO PORVENIR

POR DON NICOLÁS SALMERÓN Y ALONSO

LA HISTORIA DE LA HUMANIDAD

PARTES DECIMANONA

LA MISIÓN DEL CRISTIANISMO

POR DON NICOLÁS SALMERÓN Y ALONSO

LIBRO PRIMERO

EL CRISTIANISMO TRADICIONAL

CAPÍTULO PRIMERO

EL CATOLICISMO

§ I.—¿Es reformable el catolicismo?

I

La cuestión que planteamos parece paradójal: ¿cómo preguntar si se puede reformar una religión que pretende ser la expresión de la verdad absoluta? En el siglo XV se habló mucho de reforma de la Iglesia; pero se refería á los abusos de la corte de Roma, abusos que la omnipotencia del soberano pontífice había engendrado. Reuniéronse concilios sobre concilios, y después de este trabajo prolongado, quedó la Iglesia tal como estaba; mas cuando no se satisfacen las necesidades legítimas de reforma se hacen inevitables las revoluciones, y esto fué lo que sucedió en el siglo XVI. Lutero y Calvino traspasaron con mucho los tímidos ensayos de los concilios; en vez de una reforma se tuvo una revolución; la Iglesia católica se negó á entrar por este camino, y entonces se cumplió la separación, y el cisma dura todavía después de tres siglos, y durará mientras haya un cristianismo tradicional.

Lo que pasó en el siglo XVI nos revela lo

porvenir. La Iglesia podría en rigor aceptar algunas reformas en su disciplina; pero no lo consentirá, porque, una vez abierta la puerta á los cambios, es difícil detener el curso de las ideas. Se han levantado voces en favor de la abolición del celibato; y si se atendiera el derecho de estos votos, caería la confesión, y el sacramento de la penitencia arrastraría en su ruina todo el edificio del catolicismo. La Iglesia comprende la fatalidad de su posición, y así se explica la resistencia obstinada que opone á todo proyecto de reforma. Hay quienes admiran esta constancia inquebrantable; mas, á decir verdad, no hay en ello virtud, sino mero instinto de conservación. Hé ahí cómo parece que la Iglesia desafía las tempestades que estremecen á Europa desde fines del siglo pasado: la barca de San Pedro es agitada por las olas que levanta la borrasca; diríase á veces que se hundía; pero vuelve bien pronto á la superficie sana y salva, en medio de las tormentas de la naturaleza. En 1848 se creía que iba á acabar el mundo: las más antiguas monarquías estaban quebrantadas hasta en sus fundamentos, y para librarse de una

ruina cierta, hicieron á porfia concesiones á la democracia triunfante. En ese mismo año se reunió un concilio en Wurzburg: ¿imitaron acaso los obispos alemanes á los parlamentos de Francfort, de Berlín y de Viena?

El primer pensamiento y el primer decreto de los obispos fué declarar "que ningún artificio ni poder alguno del mundo podrian apartarlos de la santa fidelidad que liga al episcopado alemán, firme y unánime, con el vicario de Jesucristo en la tierra." Ni siquiera piensan los prelados en deliberar "sobre la parte de la verdad eterna, de la doctrina del Crucificado que se les pide que abandonen, ni sobre las concesiones que se quisiera que hiciesen á las novedades funestas, á las discusiones de una falsa ciencia, á los que confunden la verdad divina con el engaño y proclaman que la verdad es eterna é inmutable, como Dios mismo, que nos la ha dado en su único Hijo, que la Iglesia la ha recibido de su divino fundador como una herencia celestial, que la conserva en su seno por la virtud del Espíritu Santo y la transmite de generación en generación, á pesar de todos los ataques del espíritu del error." "Por esto, exclaman los obispos, nos hemos dado la mano con una venturosa unanimidad para mantener, para extender esta verdad divina, en la cual únicamente se halla la salvación." Y en el segundo decreto añaden: "Nosotros viviremos y moriremos en esta verdad, por esta verdad, y para guiar á ella el rebaño que Dios nos ha confiado," (1).

Ese es el espíritu de la Iglesia. Si alguna vez hubiera podido ceder á las exigencias del tiempo, á la presión de las circunstancias, habría sido en el 48, cuando la democracia desencadenada amenazaba trastornarlo todo; pero la Iglesia quedó inmóvil, porque la ley de su existencia le manda ser inmutable. Tal es el secreto de su fuerza aparente: es la fuerza de la muerte, porque la inmovilidad es la muerte. Se creía en el 47 que Pío IX inauguraría una nueva era en el catolicismo; se soñaba con la alianza de la libertad y la religión, y se llegaba hasta á suponer que el papa renunciaría al dogma de que no hay salvación fuera de la Iglesia. ¡Extraña ilusión! El papa creyó que debía desengañar al mundo católico. Pío IX acababa de dictar los

(1) *Actes du concile de Wurzburg, lettre pastorale (Journal historique et littéraire, t. xv, p. 419, 420).*

primeros decretos que excitaron tanto entusiasmo en Italia y en toda la cristiandad, porque se esperaba que el soberano pontífice se pusiera á la cabeza del movimiento liberal: había otorgado el perdón á los condenados políticos que gemían en las prisiones ó en destierro, y esta indulgencia, que era una cosa tan nueva, hizo creer, Pío IX mismo es quien lo dice, que el papa consideraba no sólo á los hijos de la Iglesia, sino á todos los hombres, por lejos que estuvieran de la unidad católica, como si estuviesen igualmente en el camino de la salvación y pudiesen alcanzar la vida eterna. Apenas encuentra palabras el santo padre para expresar el sentimiento de horror que experimenta ante ese solo pensamiento: "Es una nueva y cruel injuria, exclama, que nuestros enemigos lanzan contra nosotros. Sí, amamos á todos los hombres con la más profunda afección de nuestro corazón; pero no de otro modo, sin embargo, que en el amor de Dios y de Nuestro Señor Jesucristo, que ha declarado que los que creyeran y fueran bautizados se salvarían y que los que no creyeran serían condenados. Que los que quieran, pues, salvarse, vengan á esta columna, á este fundamento de la verdad, que es la Iglesia; que vengan á la verdadera Iglesia del Cristo, que brilla por la perfecta unidad de la fe, y acuérdense todos nuestros adversarios de que el cielo y la tierra pasarán, pero que no pueden pasar ninguna de las palabras del Cristo, *ni puede cambiar nada en la doctrina* que la Iglesia católica ha recibido de Jesucristo para conservarla, defenderla y predicarla," (1).

Así es la inmutabilidad esencial en el catolicismo. En este punto están unánimes los católicos. Hemos oído al episcopado alemán, acabamos de oír al papa, y hé aquí los católicos liberales que hablan como los ultramontanos. Podrían dejarse seducir por el deseo de atraer al seno de la Iglesia la sociedad moderna acomodando la doctrina á los votos del siglo; mas una revista, fundada para defender el catolicismo liberal, es decir, la unión de la religión y la libertad, ha preguntado si hay en los diversos países cristianos, y especialmente en Francia, semejante tendencia: "¿Existe entre los defensores del Catolicismo una *escuela de transacción* dispuesta á una especie de compromiso entre

(1) *Allocution de Pie IX dans le consistoire secret, du 17 décembre 1847 (Journal historique et littéraire, t. xiv, p. 494).*

la revelación divina y el racionalismo?" Y el *Correspondant* responde que no conoce ningún partidario de tal escuela (1). Empero confiesa que ese es uno de los peligros de nuestro tiempo, que el peligro es real y preocupa á elevadas inteligencias. Es necesario, pues, que haya en los espíritus una tendencia á unir la razón y la fe, como hay ciertamente una escuela que quiere reconciliar el catolicismo con la libertad; y ¿no habrá un cierto enlace, una especie de parentesco entre los dos movimientos? Ahí está, sin duda, el peligro que el *Correspondant* señala.

Un hombre religioso, un abate es quien plantea la cuestión y quien responde. Pregúntase cuál sería el objeto de esta transacción entre el racionalismo y ciertos católicos. Sería la fe católica en sí misma. Mas ¿puede ser el catolicismo objeto de una transacción? Cuando se habla de transigir, se trata de cosas *dudosas, inciertas, de un proceso no juzgado, de un objeto ambiguo, mal determinado, no definido, de derechos inciertos*. En estos términos definen los juristas romanos la transacción. Ahora bien, ¿quién no ve que esa mera terminología excluye hasta los primeros principios del catolicismo? ¡La *certidumbre absoluta* es la primera pretensión de la fe católica! *Todo es cierto, todo está fijado en sus elementos divinos; no hay más que algunos puntos secundarios en ciertas cuestiones que la fe abandona á la libertad de las escuelas*. Admite que la doctrina se desarrolla, pero niega que esta explicación implique cambio. ¿Dónde estaría, pues, la ambigüedad? ¿Dónde la indecisión? ¿Dónde la incertidumbre? En vano buscamos el terreno propio de la transacción: en las cosas que es necesario creer, todos deben creer; nada es dudoso. "Aspiramos, concluye el abate Perreyve, al triunfo completo de la verdad católica, reclamamos la integridad de sus derechos; si cedemos en algo, seremos defensores infieles, tendremos que dar á Dios severa cuenta de nuestra debilidad."

Para acabar de conocer lo que habría de vano y de culpable en semejante transacción, hay que ver la intención que movería á las partes, las condiciones y los efectos del contrato. ¿Cuál pudiera ser, en una obra de concesión, la única intención

(1) *PERREYVE (l'abbé Henri), des Transactions en matière de foi (Le Correspondant, t. xli, p. 137 y siguientes).*

de los católicos? Sería ganar á la fe la razón del siglo, derribar las barreras que la retienen lejos del Evangelio y de la Iglesia. Pero aquí hay que recordar que no existe transacción si nada se da, ni nada se retiene, ni se promete; y nosotros preguntamos: ¿qué punto de la revelación divina abandonarían los católicos al racionalismo? ¿qué duda le permitirán conservar? ¿qué promesa le harán? No hay transacción gratuita, dicen los juristas; sería, pues, necesario que la razón incrédula ganara algo en la transacción; pero ¿que podría ganar que no fuera una pérdida fatal para la fe católica? La razón incrédula llevaría al seno de la Iglesia el germen de errores inconciliables con la fe. ¿Qué ganarían los católicos con dar tales hijos á la Iglesia? Una revelación mixta, mitad divina y mitad humana, no sería digna ni de ser otorgada en nombre de la Iglesia ni de ser aceptada en nombre de la razón: ambas lo perderían todo en esta transacción.

II

Eso quiere decir que la Iglesia no transigirá jamás. Sus defensores exaltan esta santa inmutabilidad que procede de Dios, inmutable porque es eterna: "Nosotros los cristianos, exclama un orador sagrado, no somos ni del siglo pasado, ni del siglo futuro; somos de la *eternidad*" (1). Estas palabras aparecen magníficas cuando se pronuncian en la cátedra de Nuestra Señora; pero si se toman en serio son una locura, y sería la locura del orgullo, si la fe ciega no fuera una excusa. Hé ahí *hombres* que se atreven á llamarse eternos, cuando se sabe la fecha de su nacimiento, el día en que tal pretendido dogma fué formulado, la hora en que tal superstición fué elevada al rango de una verdad absoluta, cuando se conocen los medios humanos, las intrigas, las seducciones, y á veces los fraudes que han ayudado á construir el edificio de la Iglesia; ¡y se envanece con su eternidad! Con la *certidumbre* del catolicismo sucede como con su *eternidad*. "Si, dice Lacordaire, ó la verdad no es más que un nombre y el hombre un miserable juguete de opiniones que se suceden sin fin, ó debe haber sobre la tierra una *autoridad divina* que enseñe al hombre, ese ser necesariamente enseñado y necesaria-

(1) *LACORDAIRE, Conférences, t. i, p. 15.*